

LA VIDA EN MADRID

EN ESTE PAIS

BUSCANDO DOS PESETAS

El madrileño chusco ha encontrado también este año la frase oportuna para las numerosas calles que tienen alborotadas nuestras calles. Este alegre hombre que sabe resolver la inconveniencia callejera ha llegado al bar trasponiendo innumerables obstáculos; este mofoso desazona su pie, tales alambres arañan sus piernas, el polvo pone un telón en sus pantalones... la mirada exige su mayor agudeza y de la elasticidad del cuerpo dependen muchas cosas.

Este madrileño excursionista de este "rosado de calle" ha penetrado vivo en el bar y ha hecho esta afirmación: "Miren ustedes... he dicho señalando el pavimento convulso... miren ustedes... poner la calle así porque se han perdido dos pesetas! ¡Y llevan tres semanas abriendo por aquí y por allá, buscando esas dos pesetas que se han perdido!"

Este buen humor—diferente de cariz y con más salero que el gracioso humor parisino—tiene su alto secreto: es una manera, nada virulenta, de contener las cosas. Lo cierto es que este hombre, con esta frase, levanta nuestra moral, y las atrocidades situadas a nuestros pies nos parecen ya con una explicación: se buscan dos pesetas. Esto no se entiende en el sentido económico, sino precisamente en el del humor.

La chanza merece la pena que levanten otra media docena de calles, pues esta festiva y remota manera de reaccionar del madrileño es inagotable. Escuchemos el temblor de la excavación y meditemos sobre la frase que nos puede consolar.

PUCK

Auxilio Social celebró la fiesta de la Virgen de San Lorenzo

En honor de la Virgen de San Lorenzo, Patrona de Auxilio Social, celebró ayer mañana en la capilla de la Delegación Nacional de la Obra, una solemne misa oficiada por el Asesor de Cuestiones Morales y Religiosas, reverendo Padre Cantero, a la que asistieron el Delegado Nacional Manuel Martínez de Torres, todas las Juntas de Auxilio Social, así como el personal que presta sus servicios en los diversos departamentos.

Las bodas de oro religiosas del padre Gil se celebraron con gran solemnidad

El insigne redentorista dió la bendición apostólica

Con motivo de cumplirse en el día de ayer, 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, las bodas de oro de profesión religiosa del padre Marcelino Gil, redentorista, primer provincial español de su Congregación, en el Santuario del Perpetuo Socorro se celebraron solemnes actos religiosos a los que concurrieron numerosos fieles y representantes de las Ordenes religiosas.

Asistieron a Madrid para concurrir a estos actos los provinciales de los religiosos redentoristas de Barcelona, Valencia y Granada, quienes asistieron a aquellos en unión de los superiores de las Comunidades madrileñas del Perpetuo Socorro y la iglesia pontificia de San Miguel.

A las ocho y media celebró el ilustre redentorista una misa de comunión, acercándose a la sagrada mesa numerosísimos fieles, y por la tarde se celebró una solemne función, dando al final el padre Gil la bendición apostólica a la concurrencia, que quedó para besar el crucifijo del misterio.

Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles

Se pone en conocimiento del público que a partir del próximo día 11 del actual, el tren rápido número 9, de Irún, que tiene su salida de Madrid a las nueve horas, reanuda su circulación diaria.

Farmacias de guardia durante el día de hoy

Turno 6

ECHEGARAY, 21. ATOTCHA, 114. CARRERA DE VICALVARO, 2. LUCHANA, 14. ZURBANO, 54. RAMUNDO P. VILLAVEIDE, 46. PONZANO, 44. ALCALA, 121. C. RECOLETOS, 19. SERRANO, 71. FRANCISCO SILVEIRA, 56. ALCALA, 123. C. RECOLETOS, 19. LOPEZ DE HOYOS, 125. EMBAJADORES, 10. PEZ, 9. CAYÁ BAJA, 7. PRECIADOS, 14. VENTURA RODRIGUEZ, 13. ANDRES MELLADO, 15. GLORIETA DE QUEVEDO, 6. REINA VICTORIA, 20. GORTAZALEZ, 19. TABERNILLAS, 19. MARI-BLANCA, 19 (C. Moscardó). PASEO DE EXTREMADURA, 111.

Detención de un individuo que tenía ocultas 45 cubiertas

Por la Brigada de Investigación Criminal ha sido detenido Ramón Hernández Blanco, quien, en dos depósitos, situados en las calles de Hermosilla y General Mola, tenía ocultas y almacenadas cuarenta y cinco cubiertas, notándose en las mismas alteraciones en su número y marca.

CULTOS

Santoral.—Santa María de la Cabeza, virgen. Santos: Doroteo, Jacinto, Tiburcio y Alejandro, mártires; Sergio, Papa; Querano, abad. La misa y oficio son de Santa María de la Cabeza, con rito doble mayor y color blanco.

ESPECTACULOS

con María Paz, Mario Gabarrón y Carme a Montre. Exito clamoroso. Programa otoño.

MARAVILLAS.—(Compañía de Comedia). 11 noche: Repetición de Mujercita mía (butaca, 5 pesetas).

PAVON.—7, 15: ¿Que se case Rita? 11 noche: El gran tacaño.

REINA VICTORIA.—(Compañía David-Alfaro). 7, 15 y 11: Los tres B. B. B.

TEATRO MADRID.—7 y 11: Don Manolito (de Sevilla, Carreño y maestro Sorozábal). Butacas, desde 3 a 8 pts.

ZARZUELA.—(Compañía Comedias Cómicas Martínez Soría, Laura Phillos). 7 y 11: La tía de las chachas y Caballero y ladrón.

IMPERIAL.—(Refrigerado). Hoy, 10 noche: Sueños de príncipe (Charles Boyer, Danielle Darrieux).

METROPOLITANO.—10, 30 noche: El delator (Victor MacLaglen).

MONUMENTAL CINEMA.—

La procesión de la Patrona de Madrid constituyó espléndida manifestación de fervor popular

LAS AUTORIDADES CONCURRIERON A LA SOLEMNIDAD



El Ayuntamiento, bajo la presidencia del Alcalde, señor De Alcocer, durante la magnífica y tradicional procesión de la Patrona de la capital (Foto Contreras.)

El Ayuntamiento de Madrid dió cumplimiento en la mañana de ayer al tradicional voto de la villa, asistiendo la Corporación, bajo mazas, a los solemnes cultos que en honor de la Patrona de la capital y de la diócesis, Nuestra Señora de la Almudena, se celebra cada año el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

En la misa de comunión general, a primera hora de la mañana, se acercaron a la sagrada mesa numerosísimos fieles, y a la cantada y solemne de las once, concurrió la Corporación municipal, con la Archicofradía «Esclavitud de Nuestra Señora», la Corte de Honor y Archicofradía del Rosario Cantado.

Los sermones del brillante novenario han estado a cargo del magistral del Cabildo de la catedral de Coria, señor Antón Ortiz.

LA PROCESION

Por la tarde se celebró la procesión pública, constituyendo una grandiosa manifestación de fervor y entusiasmo de Madrid, especialmente del vecindario de las barriadas comprendidas por la calle Mayor y parte alta de la de Toledo, que concurrió en verdaderas oleadas que inundaban todas las aceras y plazas para rendir homenaje a la veneradísima Patrona de la Villa.

A las siete en punto de la tarde partió la procesión de la iglesia parroquial, establecida provisionalmente en el templo del antiguo convento de Religiosas Bernardas del Sacramento, actualmente en reconstrucción.

La muchedumbre unió sus clamores entusiásticos a los acordes de las bandas que interpretaban el Himno Nacional cuando la sagrada efigie de Nuestra Señora salía de las naves y pasaba al atrio sobre andas totalmente cubiertas de flores y luces.

El itinerario fué el acostumbrado, que ya indicamos al anunciar la procesión, y abrió marcha una Centuria del Frente de Juventudes, con su enseña, siguiendo la banda de la Cruz Roja, las Juventudes Femeninas y Masculinas de Acción Católica de las parroquias de la capital, con sus banderas, y presididas por sus Consejos diocesanos, Archicofradías y Congregaciones más tradicionales de la Villa, con sus estandartes; las enseñas de Acción Católica de la parroquia de Nuestra Señora de la Almudena, la cruz alzada, el clero parroquial, la imagen de la Virgen y seguidamente el párroco de la Almudena, revestido con capa pluvial y acompañado de diácono y subdiácono, y a continuación, la presidencia, formada en primer término por el Gobernador Civil interino de la provincia y una representación del Gobernador Militar, la Diputación y el Ayuntamiento en corporación y bajo mazas, y por último, los jefes de la Guardia Urbana, Banda Municipal, una sección de Infantería y otra de Policía Armada.

Al llegar la procesión a la plaza Mayor la imagen se detuvo algún tiempo mientras se cantaba la

salve popular. Desde muchos balcones a lo largo del recorrido se arrojaron flores sobre la Virgen y constantemente se recó el rosario y se cantaron los himnos marianos.

La llegada de la imagen al templo renovó las manifestaciones de júbilo de la multitud, que invadido no sólo la iglesia hasta el atrio, sino todos los alrededores del edificio, sin cesar en sus vítores y cantos.

Todas las páginas de la revista «RADIO NACIONAL» encierran un alto interés periodístico y radiofónico. Si quiere usted una revista actual, ágil y amena, compre la revista «RADIO NACIONAL».



Una escena de la película «Tú serás mi marido», que hoy reestrena el cine San Miguel

«AMAPOLA DEL CAMINO» No hay que ponderar las grandes, las inconfundibles películas mejicanas, que, afortunadas de una definitiva popularidad, hemos admirado y aplaudido en España. Gracias a la acreditada marca Rey Soría Films conocemos las más brillantes joyas de la producción cinematográfica de México, y ahora esa misma marca nos regala con el estreno de una nueva gran película, de calidad de aquellas tan memorables: «Amapola del camino».

Su argumento prende desde el primer instante la atención, y no cesa de interesar hasta que la proyección ha terminado.

Protagonista, el famoso actor y cantor Tito Guizar.

«Amapola del camino» es una película mejicana presentada por Rey Soría Films.

San Miguel

HOY, PRIMER REESTRENO de la más espectacular cinecomedia

«Tú serás mi marido» con GLEN MILLER y su Orquesta

Sábado y miércoles (noche) Domingo, lunes y martes (tarde y noche)

TOLERADA MENORES

(2242 A)

Continúa desde las 5: Leociones de buen amor (Rafael Rivelles y Pastora Peña). Tolerada menores.

PALACE HOTEL.—(Refrigerado). Continúa 9 noche: Cuidado con ellas (regocijante comedia).

PALACIO DE LA MUSICA.—(Refrigerado). 11 noche (estreno): La quimera del oro (Charlot).

PALACIO DE LA PRENSA.—10, 30 noche: Los tres mequetrefos (Cantinflas). Se suplica la puntualidad, por el largo metraje de la película.

PAZ.—(37813). 7 y 10, 45: Al amparo de la ley (Lloyd Nolan).

PLEYEL.—5 tarde: La culpa fué del tren y Anuscha.

PROGRESO.—7, 11 (2ª semana): Espejismo de amor (Ginger Rogers).

PROYECCIONES.—10, 45 noche: Turbante blanco (Cancio-Rimoldi).

SAN MIGUEL.—11: Tú serás mi marido (tolerada).

SOL.—(Refrigerado). Continúa 9 a 1: Prefiero la secretaria (primer reestreno).

URQUIJO.—Continúa 6, 30 a 1: París para dos y Diamante de Peterville.

VARIOS

FRONTON RECOLETOS.—5, 30 tarde: Ricardo I y Urzay contra Oroz I y Perea. Antes, remonte, 10, 30 noche: Azpiroz y Alberro contra Urzay y Santamaría. Antes, paia.

TEATRO

Madrid: Presentación de la compañía titular de zarzuela con «Don Manolito»

«Don Manolito», ya maduro en la anterior temporada, regresa de su verano renovadas sus fuerzas, y, al parecer, sus encantos. Así lo entendió el público, que colmó el teatro Madrid para escuchar la jugosa partitura del maestro Sorozábal. Para la obra y para los intérpretes, de los que es preciso destacar a Mariacela Barandilla, García Martí, Gas y Manuel Alares, tuvieron los espectadores constantes muestras de entusiasmo.

VIDA SOCIAL

Natalicio

En el sanatorio del doctor Lique, eminente tóxico de la Asociación de la Prensa, ha dado a luz con toda felicidad una niña—segunda de sus hijas—doña Carmen Díaz Álvarez, esposa del doctor jefe de «Madrid», D. Luis González de Linares. Tanto la madre como la recién nacida se encuentran en perfecto estado de salud.

PUBLICACIONES

«Teoría y Hechos»

Ha aparecido el primer número de esta revista que se dedicará al examen de los problemas económicos desde un punto de vista español y católico. El subtítulo de esta publicación («Teoría y Hechos») explica con claridad el cometido de la misma. El sumario del primer número es un exponente del programa cuya realización se persigue. El obispo de Tenerife escribe sobre «Origen y Concepto de la Deontología», situando las relaciones morales del hombre como punto de partida para todas las demás actividades. Otros colaboradores son el señor Sáez de Ibarra, que publica un trabajo acerca del problema monetario de la postguerra; Francisco Mota, sobre «Breve historia de la industria eléctrica española», etcétera.

Reunión del Jefe Provincial de La Coruña con los ingenieros agrónomos de la provincia

Trataron de la organización del Congreso Agrícola de Galicia

LA CORUÑA 8.—En la casa de la Falange, y bajo la presidencia del Jefe Provincial del Movimiento, camarada Diego Salas, se reunieron esta tarde todos los ingenieros agrónomos de la provincia para cambiar impresiones sobre el Consejo Agrícola de Galicia, que, por iniciativa personal del Caudillo, se celebrará en octubre. En la reunión se trató de los varios asuntos que abarcarán las tareas del Consejo y se recogieron sugerencias para la mayor eficacia práctica del mismo. Finalmente se nombraron los ponentes provinciales para el estudio de cada tema, que son los siguientes:

Primer. Plan de intensificación inmediata para el desarrollo de la repoblación forestal hasta conseguir un mínimo de 5.000 hectáreas anuales por provincia; desarrollo de la industria de la madera.

Segundo. Mejora en el rendimiento económico en el cultivo del maíz; medios para ampliar la acción de la Misión biológica de Galicia a todo el campo gallego.

Tercero. Plan de mejora del rendimiento económico del cultivo de la patata.

Cuarto. Plan de mejora inmediata del ganado vacuno. Estudio sobre la instalación de industrias derivadas.

Quinto. Plan de mejora del ganado porcino.

Sexto. Plan de mejora en el rendimiento económico de la aviicultura.

Séptimo. Plan de lucha contra las plagas del campo que actualmente puedan ser combatidas.

Octavo. Divulgación entre los campesinos de las medidas a adoptar para la inmediata puesta en marcha de los planes elaborados en el Consejo regional para el fomento de la riqueza agrícola de Galicia; y

Noveno. Medios prácticos para la mejora de la vivienda y construcciones rurales. (Cifra.)

EXPOSICION DE PINTURAS DEL FRENTE DE JUVENTUD

JAEN 8.—Una magnífica Exposición de pintura y dibujo ha sido inaugurada por el Frente de Juventudes, con asistencia del Caudillo Civil interino y Juan de la Falange.

En ella se exponen más de 50 obras de juveniles de la provincia, entre ellas, varias del cadete Barandilla, que ha merecido premios en la Exposición Nacional de Arte celebrada en Granada.

MONUMENTO A LORETO PRADO



El próximo día 17 será inaugurado el monumento erigido por suscripción popular a Loreto Prado en la plaza de Chambray. Hemos intentado ofrecer a nuestros lectores una nota gráfica del busto de la eximia actriz, pero vemos órdenes municipales que mantienen en el riguroso incógnito que ha recogido la cámara de Contreras.

Nuevos tranvías para Madrid



Han hecho su aparición en la villa las flamantes carrocerías de los ansiados tranvías nuevos de Madrid, de las que ofrecemos estas dos fotos de nuestro camarada Gerardo Contreras, quien sorprendió el «descubrimiento» del «camuflado» 1007, que, excesivamente arropado pasa la estación en que nos encontramos, recorrió misteriosamente las calles madrileñas.



Llega a Melilla el Alto Comisario de España en Marruecos

Recepción en la Delegación del Gobierno

MELILLA 8.—A las ocho de la tarde, en avión, llegó a esta ciudad el Alto Comisario, teniente general don Luis Orgaz, acompañado por su familia, el general jefe de Estado Mayor, señor López Valencia, y otras personas de su séquito.

En el aeródromo esperaban el general jefe del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, señor Múgica; delegado del Gobierno General de las Plazas de Soberanía, don Mariano del Pozo; Alcalde de Melilla, señor Alvarez Claro; interventor territorial, teniente coronel Suárez, y otras representaciones.

El teniente general Orgaz revisó las fuerzas de Aviación que le rindieron honores, presenciando después el desfile de las mismas.

Seguidamente se trasladó a la

Organización Nacional de Ciegos

En el sorteo celebrado ayer, día 8, ha sido premiado el número

168

ENTRETENIMIENTOS

Por CASTILLO



—¿Qué hizo con tantas gallinas? La solución en el próximo número.

SOLUCION AL ENTRETENIMIENTO ANTERIOR

—Un avechuelo de mal agüero.

MUJER TRABAJADORA!

El hogar con que soñaste será realidad con un Préstamo Nupcial.

AMAPOLA DEL CAMINO

Juega bien al polo y tiene un gran atractivo de simpatía; y en esta película «Treg parejas», presentada por la distribuidora Chambray en el suntuoso cine Avenida, arroja sus dotes de gran actor hasta el máximo.

CHARLOT

la quimera del ORO

PALACIO DE LA MUSICA

PRESENTA ESTA NOCHE

LA REVISION SENSACIONAL DE UNA OBRA CINEMATOGRAFICA QUE SE ADELANTA A SU EPOCA, Y QUE LA ACTUAL GENERACION NO PUEDE DEJAR DE CONOCER

TOLERADA MENORES

ARTISTAS ASOCIADOS

(2238 P)

La versión sonora de «La quimera del oro», que hoy se presenta en el primer local de exhibiciones de Madrid, puede muy bien considerarse como acabada de salir de los estudios de Hollywood. Nada produce la impresión de un salto atrás en los medios técnicos. Las escenas que se desarrollan en la cabina suspendida sobre el abismo, el se rodaron hoy, sería en la forma exacta que lo hizo el maestro Chaplin, pues no hay otra que permita los efectos conseguidos por la cámara.

«La quimera del oro» en la pantalla del Palacio de la Música es un acontecimiento al que no pueden dejar de asistir los devotos del Séptimo Arte. La fragancia humana, el humor y el dolor extraídos por la genial observación de un artista privilegiado, los originales «trucos» de su desarrollo y el ritmo netamente moderno de «La quimera del oro» hacen de esta obra maravillosa una auténtica novedad.

HOY, EN EL CINE SAN MIGUEL, «TÚ SERÁS MI MARIDO»

La pantalla del cine San Miguel presenta desde hoy sábado la cinecomedia más divertida de la temporada, titulada «Tú serás mi marido», de la 20th Century Fox. Esta maravillosa película, que se desarrolla en el Valle del Sol, está interpretada por la genial bailarina y patinadora Sonja Henie y el excelente gaán John Payne, secundados por la maravillosa Orquesta Glan Miller y sus muchachos. Por lo tanto, esta película es de esperar triunfo en la pantalla del cine San Miguel, por su argumento e interpretación.

GEORGE BRENT, EL GALAN DE «TRES PAREJAS»

Si en la película «Tres parejas» se ve a George Brent manifiando en la cocina para preparar un guiso, se debe a que sus conocimientos en el arte culinario son de gran alcance, y por ellos sabe cocinar unos platos deliciosos. En esta película se ve a George Brent en sus prácticas de marino, antes de emprender la actividad cinematográfica.

EL 4º GRAN ULLES MANDAMIENTO

(2237 P)

HOY, EN EL PALACIO DE LA MUSICA, CHARLIE CHAPLIN Y SU INMORTAL CREACION «LA QUIMERA DEL ORO»

Para los jóvenes aficionados al cine que no conocen «La quimera del oro», de Charlie Chaplin, como revisión de una obra genial del Séptimo Arte, la marca Artistas Asociados, será una sorpresa comprobar que Charlie Chaplin—autor, actor y director de la película—se adelantó a su época, con intuición genial, imprimiendo a la técnica un avance sensible.

Armando Calvo, María Santolalla y el niño Luis Sanz, en la vida empieza a media noche, título que será presentado por el editor Cifesa

AVENIDA

2.ª SEMANA DE GRAN EXPOSICION

MISCHA AUER

George Brent

3 PAREJAS

Funciones: Viernes y sábado, 8 y 10. Domingo, tarde y noche.

(2235 P)

"La reorganización portuguesa no ha roto en nada la línea política del anterior Gobierno"

"Se trata únicamente de llevar energías nuevas a los negocios públicos dentro de los mismos principios y espíritu"

El Gobierno nuevo ha sido acogido favorablemente en todos los medios portugueses



Teniente coronel Fernando dos Santos, ministro de la Guerra; teniente coronel Julio Botelho, ministro del Interior; Canceleda de Abreu, ministro de Obras Públicas; comandante Américo Tomaz, ministro de Marina; Luis Supico Pinto, ministro de Economía; y Caeiro de Matas, ministro de Educación

LISBOA 8.—«Los Gobiernos de Portugal no dependen del Parlamento ni de los partidos políticos. El presidente del Consejo goza de la confianza del Jefe del Estado, y los ministros, de la del presidente. La reorganización ministerial ahora efectuada no ha roto en nada la línea de la política ni de la administración».

Este es el comentario de los círculos oficiales a la formación del nuevo Gabinete del doctor Oliveira Salazar. Dos razones se dan como causa de la reorganización: el cansancio físico y hasta la falta de salud de algunos ministros y la necesidad de colocar al frente de los negocios públicos a hombres nuevos que lleven al Gobierno energías nuevas, dentro del mismo espíritu y los mismos principios. El Gobierno ha sido muy bien acogido por todos los medios nacionales, excepto—claro es—por los enemigos de la situación.

«El Diario de Noticias», en su artículo de fondo, después de afirmar que con el nuevo Gobierno la línea natural de la administración pública no ha sido alterada, termina diciendo:

«Va a sonar en el mundo las horas de las patrias. Portugal conoce todos los caminos de la Historia. Consciente de su misión y su inquebrantable unidad, sabe que en

el trabajo, en la disciplina y en la confianza encontrará, sean las que sean las dificultades que se presenten, el camino de la consagración de su presente y continuación de su pasado» (Efe).

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS NUEVOS MINISTROS PORTUGUESES

LISBOA 8.—Datos biográficos de los nuevos ministros portugueses:

El ministro del Interior, Julio Botelho, es teniente coronel de Estado Mayor. Nacionalista fervoroso, tomó parte en todos los movimientos de este carácter que se produjeron en Portugal desde 1928. Es profesor de la Escuela del Ejército; fué delegado de la Comisión de Armamento que estuvo en España.

El ministro de Justicia, doctor Cavaleiro Ferreira, se doctoró en el año 1931 en las Facultades de Ciencias Históricas y Ciencias Jurídicas. Obtuvo una beca en el Instituto de Cultura Superior, visitando los principales centros europeos de Derecho Penal y Filosofía del Derecho. Fué fiscal de la Audiencia de Oporto y profesor de Derecho en la Universidad de Lisboa.

El ministro de Hacienda, doctor Castro Leite, nació en 1903. Se doctoró en Derecho en 1927 y sustituyó al doctor Oliveira Salazar en la cátedra de Economía de la Universidad de Coimbra. En 1929 fué nombrado subsecretario de Hacienda, y en 1940 ministro de dicho departamento. Son muy conocidas sus obras de Economía Política y acerca de la doctrina corporativa portuguesa.

El ministro de la Guerra, teniente coronel Santos Costa, nació en el año 1899. Fué profesor en la Escuela de Estado Mayor y ha publicado diversas obras acerca de la organización del Ejército. Ha sido miembro de la Comisión de Cartografía Militar y de los organismos superiores de la defensa nacional. Cuando Salazar se hizo cargo del ministerio de la Guerra, hace dos años, le nombró subsecretario, siendo capitán, por sus excepcionales cualidades.

El ministro de Marina, capitán de navío, Américo Rodrigues Tomaz, prestó sus servicios como oficial en las naves que durante la gran guerra escoltaban fuerzas para Francia, demostrando dotes de excelente marino. Últimamente era ayudante del ministro de Marina.

El ministro de Obras Públicas, ingeniero Canceleda de Abreu, nació en el año 1895. Cursó sus estudios en el Instituto Superior Técnico de Lisboa. Estuvo en Francia como miembro de la Conferencia del tráfico francohispanoportuguesa. Fué diputado de la Asamblea Nacional Corporativa y asistió al Congreso Internacional de El Cairo celebrado en 1933.

El ministro de Colonias, doctor Castejo, se licenció en Derecho en 1927. Fué redactor del diario «A Voz», y se doctoró en 1931. Tomó parte en la campaña política de integralismo lusitano. Era profesor de Derecho de la Universidad de Lisboa y secretario nacional de la

Mocidade. Es vocal efectivo del Consejo Superior Colonial y de la Junta Consultiva de la Comisión Central de Unión Nacional.

El ministro de Educación Nacional, doctor Caeiro de Matas, nació en 1883. Se doctoró en la Universidad de Coimbra, de la que fué catedrático desde 1907 a 1909, siendo destinado a la de Lisboa en 1920. En 1908 y 1910 fué diputado, y ministro de Asuntos Exteriores desde 1933 a 1935. Fué vocal de la Comisión de arbitraje y Conciliación entre Francia y Yugoslavia en 1935, representando a Portugal en varias conferencias internacionales. Fué también miembro de la Comisión formada en París para el pago de reparaciones por parte de Alemania. Ha publicado varias obras de Derecho civil e internacional. En 1941 fué nombrado ministro plenipotenciario en Vichy. (Efe.)

El reloj de mi amigo, naturalmente, no era como aquellos del Emperador, porque eso es imposible. Pero había medido—y cantado con voz de variada melodía—horas francesas trascendentes. Doscientos años, más o menos, caben desde Luis XV hasta el señor Laval. Y esta verdad es bien sabia. Torna modesto al hombre. ¡Tantas cosas, tantas vidas, tantas ambiciones e ilusiones, tanta victoria y tanto fracaso puede medir sin sobresalto un reloj antiguo!...

Si aquel reloj que ahora re-

cuendo no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

EL RELOJ PARADO

Por Román ESCOCHOTADO

En la casa aquella de mi amigo de París—lo recuerdo muy bien—había una pequeña biblioteca, y en ella, entre la puerta y la chimenea de mármol bronceado, oscuro, un hermoso reloj de pie. Esto era en el verano incipiente de 1940. Cuando los alemanes, a galope de la más prodigiosa marcha militar conocida, se acercaban a la vieja y joven—al fin, «amortala»—capital de Francia. Un reloj muy antiguo. Acaso había contado las variables horas de doscientos años.

En doscientos años pasan muchas cosas. Es decir que cuentan muchos acontecimientos los relojes; los miden con su sereno y hel movimiento. Un ir y venir—en las ruedecillas, en los solemnes péndulos, en el mismo sonoro temblor de su tic-tac, que parece que cortara pedacitos de tiempo—que no se precipita ni languidece nunca, que sólo vive o muere, porque lo mejor de los relojes es este andar o este pararse por entero, sin disciplina. Nuestro Emperador Carlos lo sabía muy bien y hasta tenía a sus queridos relojes de Yuste por arquitectos sabios de unos raros palacios invisibles, algo así como torres y jaulines a un lado y otro de las anchas avenidas grises o volutas azules de la eternidad. Estos relojes de Yuste eran...

«Dios mío—los mismos de Alemania o de Polonia. Hasta los mismos de las ruinas aquellas regladas a Bárbara Blomberg... En fin, Rajael Sánchez Mazas ha escrito de ellos como sabe. Que el que quiera, recuerde. El reloj de mi amigo, naturalmente, no era como aquellos del Emperador, porque eso es imposible. Pero había medido—y cantado con voz de variada melodía—horas francesas trascendentes. Doscientos años, más o menos, caben desde Luis XV hasta el señor Laval. Y esta verdad es bien sabia. Torna modesto al hombre. ¡Tantas cosas, tantas vidas, tantas ambiciones e ilusiones, tanta victoria y tanto fracaso puede medir sin sobresalto un reloj antiguo!...

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que los relojes que la vida vuelve a echar a andar sigan su antiguo y perdurable ritmo. Al fin, por el viejo corazón de los relojes—o el joven corazón, porque ante la verdad todo es lo mismo—corre, acordada, la noble, la tremenda sangre del tiempo.

Si aquel reloj que ahora re-

cuando no se hubiera quedado mudo y quieto una mañana de 1940, un poco antes o después de Adolf Hitler, mirando una plaza de París a sus plantas, viniera a comprender que las ciudades tienen música, estaría ahora midiendo y cantando horas diferentes de aquellas. Una de las horas que el reloj contaría sería la postrera de Maurice Chevalier, rey con sombrero de paja y flor en el ojal, a quien París ha querido tanto y hoy llora un poco, según parece. Otra hora sería... Al fin, ¿qué importa? No es de nuestra incumbencia comentar el sentido que el tiempo presente pueda tener para Francia. No es esa la intención—una intención casi imprecisa, casi extraña, como un lejano y desconocido sentimiento indefinible, como una infantil divinación de claridades incipientes entre oscuras sombras—que mueve nuestra alma hacia la memoria de un reloj amigo parado en una biblioteca de París durante cuatro largos años.

Lo que únicamente nos conmueve es ese silencio y esa calma del reloj parado, símbolo de miles y miles de relojes muertos también durante tanto tiempo en incontables hogares de Europa, puestos ahora de nuevo a andar por los infinitos caminos del tiempo. A andar ¿hacia dónde?

Que las horas que empiezan a contar los relojes sean las que Europa, tras tanto dolor, debe seguir marcando al mundo. Vieja armonía de viejos relojes. Arranca del principio y seguirá hasta el fin. Si los péndulos, renacidos por el movimiento, no quieren oír, mejor será que hubieran muerto definitivamente entre las ruinas polvorientas de la guerra. Pero si la escuchan y la siguen, fieles, ni las ruinas siquiera tendrán importancia. Dios quiera, pues, que